

www.elboomeran.com

Jordi Gracia

A la intemperie

Exilio y cultura en España



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
Ilustración: © Félix de la Concha, VEGAP, Barcelona, 2010

Primera edición: enero 2010

© Jordi Gracia, 2010
© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2010
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-6301-7
Depósito Legal: B. 44044-2010

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

*Para Isabel,
y para Manel y Marta,
y para Cristóbal y Eva,
porque a veces los libros se piensan en familia.*

La idiota desmesura que a mi m'ha exiliat, els ofega a Vs. aquí baix cruelment.

Carta de CARLES RIBA a JOAN VINYOLI,
de 30 de abril de 1940

Nosotros estamos mucho mejor, mil veces mejor. Haremos o no haremos, pero tenemos lo esencial, libertad de hacer. Por gracia verbal nosotros, los desterrados, los echados de tierra, como decía el Cid, nos hemos traído la libertad de espíritu; a ellos sólo les queda la tierra, son los in-terrados.

Carta de PEDRO SALINAS a GUILLERMO
DE TORRE, 8 de enero de 1941

El problema de volver –o no– a España, a treinta años vista, no es Franco sino el tiempo: uno mismo. El exiliado murió: lo que ha cambiado es España. Otra. ¿Ir, a mi edad, a ver un país nuevo, que tanto me ha de doler, cuando no conozco ni Argentina ni Chile?

MAX AUB, *Diarios*, 26 de abril de 1968

PRÓLOGO PARA UNA INSATISFACCIÓN

Las imágenes primeras son devastadoras. Cuando las detenemos hoy con el mando del DVD, o las volvemos a ver una vez más, adelante y atrás, los fotogramas hacen interminable el momento inicial. Parece hecho de una multitud de instantes iniciales que no termina y que nunca entrega la versión completa. Entonces el desánimo y la ira se mezclan agitadamente y el efecto es explosivo: se desvanece en el ánimo cualquier intento de ecuanimidad y estalla todo en forma de venganza instintiva o de rencor incurable. Es justo que sea así pero es también vejatorio, como vejatoria es toda respuesta sólo emocional. ¿Qué hace un poeta y editor tan delicado como Emilio Prados subido a un tren cargado de dinamita, detenido en el túnel de Portbou en enero de 1939 para evitar las bombas de la aviación franquista? Un inspector de enseñanza y un escritor jovencísimo abandonan sus armas en la frontera y siguen andando para ser amontonados en un campo de concentración. Son Herminio Almendros y Josep M. Ferrater Mora, que tiene poco más de veinte años, como el cartelista Carles Fontserè, que sale también por esa ruta. Es el mismo trayecto que siguen desde Barcelona Antonio

Machado y Pompeu Fabra, Carles Riba y María Zambrano, Corpus Barga y Benjamín Jarnés. Coinciden en las paradas del camino, se protegen de la nieve (pero no de la intemperie) y sobre todo huyen, como huyen las hileras desordenadas de decenas de miles de exiliados por la frontera catalana con Francia: en los primeros días de la derrota por ahí salieron en torno a unos 250.000 exiliados. En Francia sospechaban lo que iba a pasar desde un poco antes de ese instante: desde la primavera de 1938 la legislación sobre extranjeros se endurece bajo el gobierno de Daladier y el primer centro de internamiento en previsión de una segura derrota republicana es del 21 de enero de 1939, aunque se ha formalizado ya un poco antes, con un decreto de noviembre de 1938, según datos de la historiadora Geneviève Dreyfus-Armand.

El origen de este libro no está en una reacción emocional sino en una insatisfacción. Es concreta pero es más difusa de lo que me gustaría reconocer. Intenta vencer la ferocidad que transmite esa ruta de la derrota, e intenta explicarse desde ese punto la evolución de la derrota en el exilio sin separarla de su única alternativa: la derrota vivida en el interior. Están saliendo de España en la pura desdicha porque un ejército más poderoso, mejor auxiliado y más eficiente ha producido una desbandada general y explicable en las tropas leales a la República. La actividad militar republicana ha sido agónica durante muchos meses y ha sido impotente frente al avance franquista. La resistencia que ha encontrado en Cataluña ha sido testimonial, porque apenas queda rastro de combates ni en la toma de Tarragona ni en la toma de Barcelona tras los respectivos bombardeos preventivos de última hora, y casi en realidad innecesarios. Están saliendo tan angustiosamente porque no han podido oponer la fuerza de la razón a la fuerza mi-

litar del vencedor. Tienen razón ellos, como la tuvieron quienes salieron antes de que terminase la guerra, como Juan Ramón Jiménez o Américo Castro, Pedro Salinas o Luis Buñuel, Adolfo Salazar o Josep Lluís Sert, pero desde cualquier punto de vista eso es lo de menos en ese momento, o sólo sirve para agudizar el sentimiento de la desdicha un poco más todavía. Pero la desdicha es también el sentimiento que prevalece entre quienes padecen la derrota aquí, sin salir de España, en tantas zonas ocupadas militar y despiadadamente por los franquistas desde el verano de 1936, o en las zonas recién conquistadas hasta marzo de 1939.

El formato de este libro es el ensayo, y un ensayo sobre un asunto complejo puede ser de cualquier manera pero conviene que contenga al menos algunas ideas claras, aunque no siempre circulen por él de manera explícita o demasiado enfática (y me gustaría que éste fuese el caso). No es una historia ni una crónica sintética del exilio ni es tampoco una hipótesis general sobre él. No reconstruye ninguna totalidad ideal ni abarca todos los exilios, ni siquiera todos los circuitos culturales del exilio. Es más bien la propuesta de unas pocas claves de interpretación complementarias sobre la percepción del exilio y que puede contribuir a caracterizar su larga peripecia. No rebajan el drama humano pero prestan una óptica más amplia, más heterogénea y menos politizada para comprenderlo. La percepción del exilio como enfermedad crónica e incurable, por ejemplo, tiende a silenciar las formas de reparación, consuelo o alivio que supieron fabricar numerosos exiliados después de ese primer instante de huida y vértigo. Su evolución ética y emotiva los alejó de los orígenes más perturbadoramente dramáticos hasta encontrar no se sabe bien dónde el combustible para rehacer sus vidas, en

la edad adulta y madura, o desde la primera juventud de muchos de ellos. No hubo flaqueza en recrear fuera de España una vida de veras tras la derrota ni fue una deslealtad con las razones políticas de la huida, ni fue tampoco una rareza heroica de exiliados superdotados. Formó parte de la vida real de una parte significativa del exilio de la misma manera que formó parte de la vida de los vencidos del interior, también capaces de reintegrarse o reincorporarse a sí mismos dentro de la adversidad. Porque quienes perdieron sin exiliarse hubieron de afrontar un semejante replanteamiento forzoso de sus biografías profesionales, familiares o sentimentales, pero bajo el franquismo.

La reanudación de los vínculos entre creadores e intelectuales del exilio y el interior se inició muy temprano. La intensificación de los contactos, la circulación privada de noticias, libros y revistas fue casi inmediata, y no hizo más que crecer en los años siguientes. Las visitas de exiliados a España empiezan sólo con el final de la Segunda Guerra Mundial y a veces pueden durar semanas o meses (pero en casi todos los casos desactivan la mera tentación de volver y prefieren, muy lógicamente, seguir en el exilio). Las relaciones entre el exterior y el interior van haciéndose desde los años cincuenta bastante más fluidas de lo que creemos habitualmente, y hasta alguno de ellos llamó a esa frontera entre dentro y fuera, en lugar de telón de acero, cortina de hojalata, a la vista de la frecuencia de las relaciones o incluso la porosidad y valentía que las personas supieron ganar, muy por encima de la simpleza y rigidez de las consignas políticas y de las pretensiones del propio régimen de Franco.

De esta constatación todavía se deriva otro posible enfoque para el mismo drama: los más activos exiliados en las letras o la arquitectura, en el cine o la universidad em-

piezan a comprender netamente desde los años cincuenta que el objetivo realista no es ya el derrocamiento improbable de Franco, ni quizá la restitución de un sueño interrumpido, la República vencida, sino la construcción de un futuro común para la sociedad española cuando Franco muera (que es la única forma imaginable desde finales de los años cincuenta para que pueda cambiar algo sustancial en España). Esa toma de conciencia general fue precoz en algunos exiliados particularmente independientes de consignas y partidos, y fue mayoritariamente lenta y amarga. Pero es también la que explica un cambio crucial por parte del exilio: pese a que casi todos juraron abandonar a su suerte a quienes se quedaron humillantemente bajo el poder de Franco, casi todos entendieron antes o después que ese pacto de lealtad con el pasado frustraba el futuro de la sociedad española y, peor aún, empequeñecía o desarmaba los esfuerzos civilizadores que desde dentro emprendían sectores (siempre minoritarios) de la cultura española. En la segunda mitad de los años cincuenta empezó a neutralizarse en el que regresaba tanto el sentimiento de culpa colaboracionista con el régimen como el sentimiento de traición al resto del exilio. Fueron aceptando casi todos los exiliados la cooperación y alianza con españoles del interior porque ésta era la vía para un futuro plausible y además era una vía justa. Los que tuvieron posibilidad de hacerlo, que fueron la inmensa mayoría, decidieron participar en la quiebra del nacional-catolicismo franquista y alimentaron las semillas de recuperación de la tradición liberal que el franquismo tuvo que aprender a soportar (y a menudo rentabilizar políticamente).

En el fondo, esta perspectiva quiere también rebajar la colonización de la imagen del exilio por parte del Partido Comunista, como si la persecución específica que padecie-

ron tanto el exilio como el interior comunista valiese como patrón interpretativo de la derrota general, cuando es todo lo contrario. La mayoría del exilio no fue comunista y tampoco lo fueron la mayoría de los vencidos del interior y, sin embargo, a menudo se asocia el maltrato del franquismo sobre la derrota al maltrato sobre los comunistas, del exilio o del interior, que fue mucho más agudo y más cruel. La pulsión histérica del franquismo contra los comunistas fue despiadada, y fue también utilizada por el propio régimen como modo de neutralizar cualquier otra oposición. La ficción de que la única resistencia estaba en los comunistas era un argumento de la propaganda franquista útil pero falaz, porque la derrota estuvo hecha de una gran variedad de matices políticos e intelectuales. La resistencia comunista no fue la única resistencia pero fue la que actuó más coordinada y eficazmente, fue la más movilizada y la más atrevida, mientras los demás tuvieron menos convicción batalladora y prefirieron la espera agazapada o se resignaron a su impotencia.

La participación del exilio en la construcción de la democracia posfranquista tampoco es asunto fácil de resolver. Sus posibilidades reales de intervención se agotaron por razones políticas pero también de pura consunción biológica y de anacronía o desfase histórico. La capacidad de erosión o deslegitimación del exilio sobre las bases intelectuales, religiosas o culturales del franquismo fue baja y no llegó a hacer mella en la sociedad española, entre otras cosas porque los contactos frecuentes del exilio con el interior apenas trascendieron a la luz pública, lo hicieron en lugares marginales o especializados y apenas pudieron calar en la sociedad española. Pero sirvieron para que sectores minoritarios de los años sesenta supiesen que el exilio no estaba muerto, seguía activo y estaba atento. Empeza-

ron a comprenderlo cuando los exiliados publicaban libros nuevos, reeditaban títulos editados fuera o antes de la guerra, o firmaban artículos en revistas españolas a lo largo de los años sesenta, y en algunos casos desde los cincuenta. Pero sólo ahora, muchos años después, empezamos por nuestra parte a entender que individuo a individuo, y libro a libro, se tejió una red de redes que mantuvo el contacto y la conciencia misma de una resistencia antifranquista. Aunque fuese sólo por medio de cartas y paquetes postales, o gracias a encuentros e informes muy intermitentes, los amigos y familiares no se pierden de vista pese a la distancia, y saben que el futuro está en el reencuentro del exilio con el interior. En el tardofranquismo, tanto Ramón J. Sender como Xavier Benguerel ganan el Premio Planeta (en 1969 y 1974), se editan libros de María Zambrano o Francisco Ayala, de Max Aub o de Rosa Chacel, de Carles Riba o de José Bergamín, de *Pere Quart* o Jorge Guillén, de Luis Cernuda o de Ferrater Mora, de Emilio Prados, Pere Calders o de Josep Lluís Sert, aunque casi ninguno de ellos obtuviese entonces ni el protagonismo ni la resonancia que les fue regateada, y hoy tienen unánimemente reconocida.

El valor de cambio político que entonces trajo el exilio no pudo ser eficaz y se acabó aproximadamente al inicio de los años sesenta, que es precisamente cuando en apariencia todo empieza, gracias a la vocación unitaria y democrática entre el exilio y el interior que encarna el Congreso de Múnich de 1962. Pero la historia vino a saltarse un turno generacional, o incluso varios. Y el regreso de la cultura exiliada a España y su presencia poco destacada, sin entrevistas o con pocas entrevistas, sin reseñas o con pocas reseñas, sólo pudo encarnar la repatriación de un magisterio mal conocido, respetado y hasta venerado,

pero evidentemente envejecido para las nuevas generaciones maduras a lo largo del franquismo. El resultado fue, sin que haya posibilidad de culpar a nadie por ello (fuera de haber perdido la guerra y obviamente al propio sistema franquista), que el mundo referencial y las ficciones, poemas o ensayos de la mayoría del exilio no encontraron tierra en la que asentarse. Pese a los esfuerzos de muchos, no sintonizaron ni con la sensibilidad ni el gusto ni los intereses mayoritarios de una sociedad que estaba muy lejos de la recreación moral y sentimental del mundo de los exiliados. Su rehabilitación incluso comercial y no sólo simbólica, en los años setenta, funcionó como una de las muchas patas del animal que más protección necesitaba: la tradición liberal en su sentido más genérico. Luego el exilio tuvo que defenderse solo, un poco a la intemperie, en medio de una sociedad desatenta, o demasiado atenta y seducida por otras cosas más prometedoras o más nuevas. Se convirtieron a lo largo de la democracia en lo que son hoy: nombres canónicos de la cultura contemporánea, rótulos para plazas públicas o museos, lecturas obligatorias en la universidad, clásicos naturales del siglo XX con dificultades de vigencia en la memoria colectiva semejantes a las de tantos otros creadores de la España del interior, derrotados o no derrotados en 1939.

Estas perspectivas cruzadas impregnan los siguientes capítulos, con énfasis a veces en unas ideas y a veces en otras. Pero en ningún caso aspiro a una exposición metódica de los casos y sus argumentos porque la materia prima es formidablemente extensa, dispersa, rica y absorbente. Ese enfoque más sistemático sepultaría al autor bajo un proyecto que seguiría sin duda inconcluso cuando renquease lamentablemente sobre su propia edad. Por eso me resigno sin remedio a escribir un ensayo de historia intelectual.

tual atento a la dialéctica entre el interior y el exilio sin pretensión de agotar nada sino más bien lo contrario: multiplicar las perspectivas para un asunto profundamente refractario a la visión estática, monolítica o unívoca. El libro invita también a comprender la cultura española desde 1939 en un solo cauce, una red de redes con múltiples nodulos entre los que figura también España. Asume la pluralidad de la experiencia de la derrota, tanto en el exilio como en el interior, porque el exilio como fenómeno cultural y biográfico colectivo bascula entre un polo de ensimismamiento en la tragedia histórica y otro polo opuesto de reintegración estable de cada sujeto a su nueva vida, aunque no haya caso alguno que reproduzca ejemplarmente las condiciones de lo que es sólo un modelo teórico de interpretación. Ponerlo a prueba, como hace este ensayo, facilita también la renuncia a las unanimidades sentimentales o preconcebidas en un sentido o en otro.

La intemperie benigna de una democracia es el espacio óptimo también para que el sentimiento de deuda con el exilio no obstruya o impida la lectura de sus obras *juntamente* con las creadas en el interior. Ese espacio de análisis más abierto o menos cohibido puede favorecer que no sean lo mismo los ensayos de Pedro Salinas que los poemas de Juan José Domenchina, que el elogio del último Juan Ramón Jiménez exiliado no se confunda con la evolución poética de Jorge Guillén, que el Luis Cernuda de la desolación de la quimera no sirva de blindaje para la debilidad de obras menos valiosas de Ramón J. Sender, de Manuel Andújar o de Rosa Chacel, o para que el Max Aub más cuajado no se desdibuje entre el Max Aub más urgente. Sería demasiado cruel, incluso para una democracia caníbal, que a la represión franquista le siguiese la compasiva indulgencia democrática. Los exiliados no la tuvie-

ron ni consigo mismos ni entre ellos, pero la percepción conflictiva de sus peripecias ha ido desvaneciéndose, como si la foto inmóvil con que empezaba este prólogo haya seguido hipotecando abusivamente la percepción del cambio y la mutación, de la complejidad y la contradicción. Las discontinuidades y asimetrías tienden invenciblemente a desmontar los esquemas o las tipologías estáticas y hasta los prejuicios enquistados en el relato del exilio. El espectro de sus experiencias de vida incluye a quienes hicieron de la derrota algo parecido a una victoria, y lo hicieron necesariamente en el exilio, aunque no siempre ni en todos los casos esa restitución biográfica sea tan rotunda como pudo serlo para Luis Buñuel o para Pedro Salinas, Jorge Guillén o Carles Riba, para Josep Lluís Sert o para Francisco Ayala y Ferrater Mora.

Este libro trata a menudo de biografías reintegradas a sí mismas a pesar de todo; y si lo hace en medios intelectuales y culturales es porque su autor ni sabe ni se atreve a tratar con los colectivos inmensos de seres humanos que rehicieron sus vidas expulsados de España, los miles que regresaron a España de inmediato, las decenas de miles que fueron regresando lentamente años después o aquellos que no llegaron a regresar nunca y naturalizaron de corazón su estado civil y legal fuera de España. No están excluidos de este relato por indolencia o desatención, sino porque son los protagonistas de una historia que yo no sabría ni empezar. Ésta se ha escrito desde el sentimiento de que la democracia ha cumplido ampliamente su justo afán de reivindicación de la obra y el drama del exilio, y ha restituido ambas cosas a la cultura viva del presente.

Septiembre de 2009

II. VIVIR DE VERAS

Sin embargo, y al margen de los casos más precoces, la encrucijada decisiva del exilio tiene lugar entre 1946 y 1948, cuando las decisiones sobre el regreso o la permanencia en el exilio empiezan a ser elecciones de modelos de vida y cuando la mayoría de exiliados restablece formas de contacto con la España del interior, y ya no sólo con la España vencida o los viejos amigos de antes de la guerra. He revisado intermitentemente algunos casos, pero existe también un sector del exilio que fue más allá de la resignación a la derrota y procuró razonar la naturaleza benigna de su exilio no tanto por la capacidad de adaptación de cada sujeto a la adversidad sino como dinámica vital con efectos ventajosos y fecundos más allá de las razones políticas del destierro. Es un meandro biográfico que algunos exiliados experimentaron, generalmente desde esos años, y cuya complejidad es matizadamente distinta de la que recorre el capítulo anterior. Salinas, Salazar, Gaos o Juan Ramón piensan con el dolor de la expatriación, pero con una suerte de resorte de racionalidad que explica su resignación a su nueva vida sin rencor, o capaces de reasumir sus proyectos en el único lugar posible. España para ellos

no existe como espacio vital, y en muchos de los casos ese regreso implica el riesgo seguro de la detención, la persecución policial y, en todos los casos, una sumisión indeseable. En cambio, la vivencia del exilio de Gaos y Ferrater Mora, de Ayala y de María Zambrano, de Ramón Gaya, de Luis Buñuel, de Josep Lluís Sert o incluso de Luis Cernuda tiende a reconocer que el dolor del exilio engendró la virtualidad inesperada de una vida más cerca de la plenitud y en libertad.

La desilusión de que no sucediese nada políticamente decisivo para derribar a Franco en 1946 y 1947 fue otro proceso de aprendizaje, pero fue también una forma de retomar el rumbo de la propia vida por primera vez desde mucho tiempo con algo seguro, aunque esa seguridad fuese la de la indefinida continuidad del franquismo. En este capítulo trataré de señalar que tampoco después de la primera hora hay manera justa de reducir la conducta del exilio a un patrón ejemplar. Empezó entonces la revisión de decisiones, la autopsia sentimental y de resistencia ante el futuro, la tentación de regresar sin ninguna fe o la aspiración a cambiar de lugar de exilio en busca de mejores lugares. Pero no hubo actuación compacta o unitaria ni las circunstancias propias y ajenas aconsejaron lo mismo a los exiliados: algunos no esperaron a la certidumbre definitiva de la victoria franquista en 1946 para hacerse y sentirse dueños de su futuro, como hemos visto, pero al mismo tiempo antifranquistas firmes asumen el regreso y asumen también las consecuencias del regreso con la misma entereza (frágil) con la que otros transforman la permanencia en el exilio en una encrucijada favorable.

La percepción que el exilio tuvo de sí mismo cambió también, como cambió la sociedad franquista, cambió la sociedad europea y cambió la vida en vilo (o el sentimien-

to de vida en vilo) del exilio. La auto percepción exclusivamente negativa de su destierro fue cada vez menos la única percepción posible, y varió también la noción general sobre la devastación irreversible de la guerra en la medida en que reconocen nuevos espacios de acción útil, reconstructiva, de cara a un futuro sin Franco. La fatalidad inicial de una vida rota se convirtió en muchos casos, a menudo incluso sin querer o sin proponérselo, en una nueva vida que había vencido a la derrota originaria, a veces permaneciendo en el exilio y a veces incluso regresando a España. La información sobre la miseria de la posguerra acentuó todavía más la sensación de que no habían salido mal parados en el reparto de suertes y destinos de la derrota al decidirse por el exilio. Diez o veinte años más tarde, en torno a 1960, el exilio es en la mayoría de los casos una elección de vida. La expectativa del regreso es más desesperanzadora que la vida del exiliado: el regreso llega a imaginarse ya, sobre todo, como una nueva ruptura o una nueva forma de desarraigo que no recompensa la vuelta a la patria. Ha cambiado el punto de vista sobre el futuro: se permanece en el exilio porque desde dentro la contribución a preparar el tiempo después de Franco sería más débil, menos eficaz y decidida. El compromiso de no regresar (el que suscribió el violonchelista Pau Casals o el que mantuvo Juan Ramón Jiménez) deja paso a otras razones distintas, menos vinculadas a la razón política. Los criterios naturales y pragmáticos de inmediatez biográfica enseñan que carece de sentido perder una vida de veras en el exilio para agazaparse en una vida en España todavía muy envilecida. Ese bucle es, en realidad, una victoria del exiliado sobre el mal del origen expulso y protege el deseo de no volver a perder pie después de haberlo recuperado tan dificultosamente. Se trata ya de preservar la cuota de vic-

toria que ha podido arrancar al desastre, y no perderla por una voluntad o una ilusión de regreso al desamparo.

Pero existe otro dato fundamental para fragmentar más todavía la descripción monolítica del exilio, y es la percepción de las mutaciones en España y la identificación difusa pero patente de una resistencia que necesita del exilio y lo reclama como testigo de la razón vencida. También hubo un movimiento de atracción del exilio hacia dentro de España, con el fin de contribuir o participar en la erosión o el combate contra el reaccionarismo intelectual y cultural franquista. Pero el cauce central del que se sienten miembros no es España, o no es la España de la posguerra, sino la cultura española, porque reconocen la inviabilidad de la escisión perpetua entre dentro y fuera, y los indicios que asoman en el interior invitan a revisar esa frontera, algunos más pronto y otros más tarde. La mejor herencia de la Edad de Plata estaba donde estuviesen ellos, y sólo de forma residual y maniatada permaneció algo de ella en la península. La razón sentimental del exilio (o el exilio como morfología moral) había pivotado casi exclusivamente sobre un patriotismo que pudo llegar a ser contraproducente. Al principio el mejor castigo era dejar a España sin ese patrimonio cultural, hasta que descubrieron la esterilidad de ese planteamiento y adquirieron la conciencia resignada de la duración del franquismo. Pero con ella también vino la lucidez sobre los cauces de un regreso que ya no iba a ser nunca real, pero sí podía contribuir y reactivar la resistencia bajo el franquismo. Y la lenta evidencia de esos progresos favoreció también una vivencia íntima de la expatriación menos traumática. La atadura sentimental y política al país perdido en 1939 fue así el importante obstáculo que en conciencia hallaron los propios exiliados, hasta que la misma transformación lenta de

España facilitó la disolución del bloqueo originario a favor de una expectativa baja, resignada, incluso consentidora, pero más fértil porque contaba con jóvenes, contaba con nuevos equipos, contaba con cómplices imprevistos dentro de España. En el fondo, el desvalimiento fue mitigándose con la respuesta positiva desde España, no desde el régimen español ni desde la cultura oficial, sino desde la red de vínculos y enlaces que creció en el interior e hizo imaginable lo que había sido inimaginable: ya no el final de Franco, pero sí la rehabilitación de una cultura abolida de cuajo en 1939. La vida rota en el exilio significaba la vida rota del impulso nacionalista de la cultura de la Edad de Plata. Pero el sentimiento de esterilidad sobre la vida propia se vio recompensado tibia y si se quiere residualmente con la percepción de una reanudación cultural, a pesar de que Franco siguiese en el poder. Había que vivir de veras, pero en esas condiciones.

Si *lo de España* no se arregla, ¿qué hay que hacer?, se pregunta Luis Buñuel en 1947.⁴⁶ Lo que él descarta sin duda es el regreso a España precisamente porque no se arregla, porque el arreglo es mejor fuera en casi cualquier condición imaginable. Si Franco sigue mandando, el exilio es la mejor opción vital y profesional, y lo irá siendo cada vez más en la medida en que el arraigo en nuevas tierras lo será también: es un arraigo resignado sin duda, pero es cada vez más sentido y escogido a medida que la España de Franco sigue sin fecha de caducidad. Los informes que recibe de España, y lo que sabe de ella por vía familiar, invita más bien a seguir fuera: a veces llegan españoles de viaje a América o a Estados Unidos, a veces los contactos son más neutros, filtrados o sólo literarios. Cuando Francisco Ayala recibe en Buenos Aires una novela que ha tenido un gran éxito como *Nada*, de Carmen Laforet, se

siente profundamente abatido. La sociedad que retrata esa muchacha de veintidós años coincide sin querer, de manera muy espontánea y casi visceral, instintiva, con lo que escritores tan sofisticados como Jean-Paul Sartre empiezan a pensar sobre la Europa contemporánea. A Ayala no debió de ocurrírsele que la interlocutora imaginaria de aquella joven muchacha dispuesta a escribir su novela era Elena Fortún, la responsable del célebre personaje infantil de Celia, y por entonces exiliada como el mismo Ayala. Lee la novela como un testimonio de una fidelidad inverosímil porque transmite la «autenticidad vital» de alguien que escapa a tesis o dogmas de todo tipo y vierte «una mirada limpia, fresca y denodada» sobre «un medio turbio, febril, quebrado, viscoso». Paradójicamente, la percepción de esa muchacha sobre la realidad humana de la posguerra parece asimilable a los poemas de un autor maduro, Dámaso Alonso, en *Hijos de la ira*, al que Ayala y otros exiliados como Rafael Alberti oirán de viva voz en 1948, cuando el escritor y profesor los visite en Buenos Aires. Para Ayala los españoles retratados en ese libro «son gentes desquiciadas, desvencijadas, rotas, caídas al borde de la demencia; son gentes cuyo vivir carece de rumbo y de sentido (... [son]) muertos que se sobreviven».⁴⁷

Otro exiliado de neta estirpe liberal, el arquitecto Josep Lluís Sert, ha conseguido volver a Barcelona para asistir a los últimos días de su madre en 1946, regularizar su situación administrativa y gestionar la expedición de su diploma de licenciado (había sido depurado en 1942 con la «suspensión total en el ejercicio público y privado de la profesión», pero Franco firmaría su diploma un año después, el 5 de agosto de 1947), y aun aprovechó Sert para patearse Barcelona casi como un turista más. Necesitaba refrescar las imágenes y la memoria de la obra de Gaudí

porque había proyectado ya redactar una monografía profesional sobre el arquitecto. De ese viaje arrancan los primeros apuntes de una monografía que termina en 1949 pero no se publica en Nueva York hasta 1960, con portada de Joan Miró y fotografías de Joan Prats y Joaquín Gomis. Pero para Sert ese trabajo tenía un significado particular y relevante. En sus cartas a Joaquín Gomis, explica que será su método para mantener su identidad de catalán y mediterráneo mezclándola con la experiencia nueva del exilio: la dialéctica entre la propia cultura y la realidad norteamericana.⁴⁸

Sert había sido responsable con Luis Lacasa del pabellón español en la Exposición Universal de París en 1937, para el que Picasso ideó el Guernica o Alberto y Julio González sus esculturas, Joan Miró su mural o Calder la fuente de mercurio. Siguió después en París y en contacto con el exilio político, cuando menos para conseguir hacerse con la remuneración por el trabajo realizado y mientras trabaja en el despacho de Le Corbusier. En febrero de 1939 entiende que no existe otra salida que seguir en el exilio, y la ayuda de Walter Gropius es decisiva para entrar en contacto con Siegfried Giedion. Será su apoyo básico en Estados Unidos, adonde llega en septiembre de 1939 y donde empieza a fraguar por escrito el breve y capital libro sobre la arquitectura moderna y la ciudad funcional que publicará la Universidad de Harvard en 1942, *Can Ours Cities Survive?* El éxito del ensayo será parte de su importante dedicación profesional en América Latina, con ayuda y contactos de Juan Larrea, Pablo Neruda o el también arquitecto Germán Rodríguez Arias, en Chile, con quien no perdería nunca la amistad (y que llegaría a ser el firmante de la casa que Sert se construiría en Ibiza hacia 1960, cuando Rodríguez Arias estaba ya en la isla

baleares, después de haber trabajado en varias ocasiones como arquitecto para Pablo Neruda, y cuando Rafael Bergamín ha vuelto también a España en 1958).

Sert logra proteger su vuelta a Barcelona en 1946 a través de gestiones diplomáticas, con varios visados, una docena de cartas, cables diplomáticos y prevenciones procedentes de Estados Unidos, el consulado y Naciones Unidas, a pesar de lo cual le fue retirado el pasaporte tres días después de llegar a Barcelona. Pero aquí su estancia es también concluyente sobre lo que ve y sobre lo que oye. Ya a salvo, en Nueva York, escribe el 5 de abril de 1947, a su viejo amigo Domingo Escorsa, exiliado en Béziers, amigo de Pau Casals y como él mismo colaborador años atrás de Le Corbusier en París, para narrarle sus impresiones sobre España y sobre la Barcelona del verano de 1946 en particular: «La situació és encara pitjor de lo que tots sabem. La misèria és espantosa i solsament els molt rics i els molt lladres poden viure-hi (...) Pots suposar com ens repugnava la idea de tornar a Espanya.» Gracias a haber tomado aquellas precauciones pudieron regresar a Estados Unidos «sense recórrer a tenir d'atravesar la frontera a peu...». Pero todo ello no induce en su ánimo sólo desolación, porque ése es el país real ahora, pero también es real que «la gent, els bons, continuen admirables. S'alegren molt de veure gent que porti noves del món exterior. Tenen gran fe en el canvi, però l'espera es fa molt llarga».⁴⁹

A la sensibilidad de este fundador del Movimiento Moderno en la arquitectura española y europea le abochorna el estilo de El Escorial como plantilla imperial para la construcción del Ministerio del Aire: «vingan Ministeris i Locals per a la Falange», mientras los pobres y las gentes medias no tienen pisos. Es la ley habitual, y el desdén que expresa fue compartido incluso por arquitectos y

catedráticos en activo durante la posguerra dentro de España. Cuando se sienten con valor para hacer balance no desmienten ese diagnóstico, como le sucede a otro arquitecto del interior ya al final de su carrera. En septiembre de 1955 Torres Balbás, a punto de jubilarse, escribe a su viejísimo amigo exiliado y arquitecto de gran prestigio en México, Félix Candela, para contarle que no conseguirá su objetivo ideal pero sí algún remedo posible. La vacante por la jubilación de Modesto López Otero debería ser ocupada en justicia por Félix Candela, pero como eso no podrá ser, se conforma con que, «después de bastantes años, disgustos y luchas, conseguí que nombraran a Fernando Chueca [Goitia] auxiliar de mi clase, y tengo la esperanza de que me suceda en la cátedra, pero me temo que el día de mañana se encontrará muy aislado». La orden de julio de 1942 que depuraba a los arquitectos había inhabilitado a Chueca Goitia temporalmente para empleos públicos (y es desde los años cincuenta uno de los liberales discretamente activos en el entorno de Ridruejo y tío del escritor Juan Benet). Su caso sirve para explicar al prestigioso exiliado que «afortunadamente pasó aquí la moda de ciertos estilos históricos que se impuso al terminar la guerra civil y hoy los jóvenes se dedican a beber ávidamente lo más avanzado y revolucionario que ven en revistas y libros extranjeros», pero «carecen de estímulo, porque no triunfan los mejores». Se despide felicitándole y «lamentando no tenerlo como compañero en la Escuela de Madrid en donde tanta falta hace».⁵⁰ Félix Candela había sido uno de los viajeros embarcados en el *Sinaia* en 1939 hacia México, tras salir del campo de Saint-Cyprien. En 1936 había renunciado a la beca que le concedió la Academia de San Fernando para estudiar en Alemania, y quizá por ello no aparecerá en la orden con las inhabilitaciones de 1942.

A cambio, se quedó como capitán de obras y fortificaciones en la batalla del Ebro y, ya instalado en México, pudo financiar el viaje desde Madrid de su madre y sus hermanos. Poco después, hacia principios de los años cincuenta, labra su celebridad en México con sus llamados *cascarones*, o paraboloides hiperbólicos.

La desesperación a veces no lleva a la miopía, y en el caso de estos exiliados sin duda tampoco. Sert defiende que cualquier cosa que se haga para «acabar con ese estado de cosas es poco», pero sabe demasiado bien que la división del exilio es letal para ese fin, mientras que su percepción es que «afortunadament, l'esperit a dintre d'Espanya és molt millor, i més generós». ⁵¹ Lo ha visto de primera mano, en los tres meses de su visita a Barcelona, y es lo mismo que experimenta Carles Riba a su regreso en 1943 y en el fondo confluye en la actitud valiente que expondrá en forma pública el crucial artículo de Francisco Ayala «Para quién escribimos nosotros», redactado en 1948. Ése fue un cambio de actitud básico: la conciencia de una cooperación para un fin invisible e improbable (aumentar el capital cultural para una democracia futura) para el que sin embargo había que trabajar como si fuera posible y asequible. Julio Caro Baroja pensó igual cuando desde España emprendió sus múltiples trabajos etnográficos y antropológicos sin apoyo ni resonancia ni influencia (pero hoy son matriciales), y desde fuera adoptaron una actitud semejante otros exiliados dispuestos a no perder ni el tiempo presente ni la posibilidad del futuro.

Es una consigna del exilio que ha ido quedando sepultada o ignorada hasta casi desvanecerse. Sin embargo fue primordial para garantizar sus actividades, su equilibrio personal y cultural y el sentido mismo de lo que eran sus vidas exiliadas. Cuando en México se reúnen una vez

más algunos intelectuales españoles, lo hacen para ayudarse mutuamente pero también para algo más. Están pensando en ese futuro impredecible y deciden crear otra organización de exiliados que esta vez nace sobre bases ligeramente distintas, lúcidas y bien informadas, sobre lo que queda de la España liberal. El 21 de julio de 1947 se constituyen en Unión de Intelectuales Españoles un buen puñado de exiliados porque reconocen la presencia en España de una «resistencia interior al franquismo» y entienden que su deber es respaldarla desde su libertad de exiliados, desde su misma capacidad de darles voz y de difundir (para los vencidos aquí y allí) que no está todo perdido, aunque en los ratos de desánimo y en medio de este o de aquel desengaño lo pueda parecer. Desde el exilio y muy temprano ven mejor de lo que vemos hoy nosotros: el fin básico de esa Unión de Intelectuales es «la defensa de la cultura española» por todos los medios «y en estrecha relación con el movimiento intelectual de resistencia interior y con todos los auténticos representantes y servidores de ella». Lo cual da carta de naturaleza desde el exilio a una resistencia que es interior y también muy vulnerable, y porque lo es sólo puede actuar de forma disimulada, silenciosa, asustada.

De la dialéctica entre exilio y resistencia van a depender muchas cosas del futuro en términos humanos y en términos de historia intelectual. En el acto fundacional de ese grupo se denuncia el envilecimiento de la cultura con y desde el franquismo, y la sañuda persecución que padecen «los hombres de la intelectualidad y de la libertad de ideas». ⁵² Por eso los 200 socios que se reunieron en el Centro Republicano Español mandaron un mensaje «a los intelectuales antifranquistas de España»: no dudaban de que los hubiese, aunque no saliesen en los papeles, ni en